



PEQUEROS PESCADOS

por Guatin

El matrimonio resultaba, en verdad, interesante y atrayente. El marido, Amatisto Pabilo, era comunicativo, simple y con una cara de papanatas digna de adornar como ilustración un tratado de cretinismo. La mujer, Rita, era esbelta, con más curvas que un camino de montaña, rubia, con grandes bucles que caían graciosamente sobre sus hombros. Ojos azules, grandes, nariz perfecta, boca encantadora, dientes magníficos. En fin, digna de figurar como estrella en un concurso de belleza. No podía extrañar, entonces, que Mamerto Tontone cayera fulminado ante el hechizo de Rita y acariciara la bella perspectiva de un romance que propiciaban la hermosura de la mujer y la estupidez

del marido, cualidades imprescindibles en los romances con señoras casadas.

Amatisto invitó a comer a Mamerto, y éste se presentó en el departamento de los Pabilo ataviado de punta y blanco. Se conmovió ante la belleza y la seducción de Rita casi tanto como ante la imbecilidad de Amatisto. Conversaron de muchas cosas, y cuando estaban en la sobremesa llegaron dos amigos del matrimonio. Amatisto se puso a conversar con ellos, y así Mamerto pudo charlar un rato con Rita.

— «Juega al póker? —dijo al cabo de un rato Amatisto dirigiéndose al nuevo amigo—. Aquí, con Aceituna y el Maneo, podíamos hacer una mesita. ¿Qué le parece?